

deza á los términos y primeras líneas de la humana naturaleza, vuestro padre legal admirado, vuestra madre santísima en éxtasis, los divinos espíritus dorando de su luz las nubes, y ennobleciendo la primera region dal aire de sus divinas voces: Los pastores atónitos, viendo la córte del cielo trasladada á las ruinas de una pobre ciudad y al diversorio estramuros de sus antiguas casas.

Alegrávame asimismo el ver los reyes derribados de sus camellos asirios, y palestinos elefantes, al suelo de vuestra silla, donde estaba la paja de un pesebre por alfombra, y la nieve por almohada,

donde fingian labores los pedazos de escarcha, que por los abiertos techos bordaba el cielo.

Vuestra circuncision me enternecia, y el veros teñido, espejo de los ángeles, en aquellos primeros rubies de vuestra sangre pura.

Cuanda ibais á Egipto, no habia cosa que mas me alegrase, pareciéndome á mí que se libraba vuestra tierna garganta del cuchillo de aquel tirano, que en las de tantos inocentes infamó su nombre: miraba el Nilo, y la dichosa barca en que pasásteis á Memphis, y envidioso de aquellos egipcios, con quien

vivísteis, quisiera ser uno de ellos, para haberos servido en vuestro destierro.

Otras veces me causaba una admirable alegría consideraros en el templo, declarando la divina escritura con ese celestial ingenio, si así se ha de llamar aquella ciencia, con que desde el instante de vuestra pura concepcion supisteis tanto como vuestro inmenso Padre.

Mas despues, Señor, que fuí hombre, y hombre tan malo y de tan perversas inclinaciones, que parecia un opuesto á vuestras divinas leyes, preciado (¡ay de mí!) de transgresor de todas, no os he buscado en los tiernos pasos de vuestras

estado de vuestra vida en que me parez-
cais mas bien que perdiéndola por mí.

Ahí sí (1), tesoro soberano de mi alma,
que estais hecho con esas fuentes y
llagas, un jardin de flores y rosas lleno
de aguas cristalinas, que refrigeran quan-
tos llegan á Vos; ahí sí, racimo santísi-
mo, que puede beber á pechos é inebriar-
se un alma; esa sí que es la preciosa cus-
todia de vuestro vino, donde el rey lleva
su regalada esposa (2).

(1) En todas las ediciones—*Allí*.

(2) Otra alusion al *Cantar de Cantares*. Véanse las
notas anteriores referentes á este libro sagrado.

Pero, Señor, tambien considero que si
sois jardin florido de tales rosas, y fértil
de tales aguas, las espinas que teneis en
la cabeza dán á entender que para entrar
á gozarlas se ha de pasar por ellas. Oh
pues, trigo santísimo de Bethlén, casa
de pan y de bendicion, lirio purpúreo de
los valles, aunque blanco y purísimo por
su origen; ¿qué haré yo para entrar á
Vos, pues la cerca de los marítimos espi-
nos parece que lo defiende (1)? Mas, ¡ay

(1) Hay aqui otro ligero recuerdo del *Cantar de
Cantares*; pero la espresion es tan desmañada, á menos
que haya sufrido groseras alteraciones en la imprenta,

mortal engaño, que esa es la puerta, y hablando al modo humano, la camella del yugo, que Vos decís que es suave! Pues. Señor, si ellas lo son, yo entraré por ellas á Vos con mucho gusto: y pues quien entra por la puerta no es ladron, aunque yo os hurte las rosas que deseo, no me despreciaré del nombre ó tendré

que solo con mucha dificultad se deja entender. Indudablemente recordaba Lope el cercado de lirios de que habla Salomon (*vallatum liliis*), y esta figura quiso reproducir en la ocasion presente con grandísima oportunidad; pero no acertó a darle la poética forma que exigia. Hasta el epíteto *marítimos*, aplicado á los espinos, es impropio. Acaso fué error de copia ó de molde en las ediciones primitivas.

muchos envidiosos de que le tengo. No sois Vos fruta de cercado ageno, aunque sois tan sabroso (1), que esa humanidad san-

(1) ¡Precioso recuerdo de un texto profano, pero no menos precioso! Superabundantemente prueba Lope en este libro la inagotable riqueza de su erudicion y la flexibilidad de su fantasía. Véase el texto á que nos referimos:

Flérida, para mi dulce y sabrosa,
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche y mas hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno.

(GARCILASO.—*Egloga 5.*)

No queremos privar á nuestros lectores de la preciosa nota que puso el Brocense á estos nunca bastantemente ponderados versos de Garcilaso. Dice:

(145) *Flérida para mi*.—Aquí comienza un género de bucólica que llaman los griegos *Canto Amebeo*, que es responsivo, en el qual se suele guardar esta ley: que el

tísima, de la Virgen la teneis; ella de David y David de Adán: forma teneis de siervo, y aniquilado estais; ya hubo

que comienza libre, y puede mudar propósito, mas que el que responde y sigue, ó ha de decir mucho mas en la misma materia, ó lo contrario, y así se hace aquí, imitando el proceder de Virgilio en la *tercera y séptima Ecloga*.

•En esta primera estancia no traslada, pero imita a Virgilio en los quatro versos de la 7. *eclog.* que comienzan

Nerine Galathea.

•Flérída para mí dulce y sabrosa,
Mas que la fruta.

•Adagio es latino.—*Aquæ furtivæ dulciores.* Mucho sabe lo hurtado: *Dulce pomum, quum abest custos.*

•Mas blanca que la nieve

(SANÁZARO.—*Ecloga 2.*)

•Phyllida mia, piu che i ligustri bianca,
piu vermiglia ch'il prato a mezzo Aprile.

(*Obras de Garcilaso con las notas de Francisco Sanchez.*—Imprenta Real de la *Gazeta*.)

quien digese que érais gusano y no hombre (1).

Ea, pues, dejad entrar al alma: cúbrase de esas rosas y manzanas que se desmaya de amor, para que la de Adán se cure con las vuestras, que por eso sois Vos pan, porque un bocado con otro me deshaga la dentera del primero, y esa

(1) La edicion de Sancha comete en este párrafo un error tanto mas grosero, quanto que resulta de él un absurdo teológico, que hasta de blasfemia pudiera tildarse. •No sois Vos,—dice—fruta de cercado ageno, que esa humanidad santísima de la Virgen la teneis en la de David, y David de Adán. •Nosotros restablecemos la verdadera leccion, como se comprenderá solamente con recordar que la Virgen procedia de la tribu de David.

sierpe santísima, contra el veneno de la primera, en la vara de la cruz, sirva de antídoto: árbol sane lo que árbol enfermó, y por los filos de la enfermedad halle vuestra destreza la forma de la salud y el camino de la vida por donde entró la muerte (1).

¡Ay Dios y Señor, cuál estaría un alma que tuviese por flores en sus desmayos los jaspeados alelíos de vuestras llagas, las cárdenas violetas de vuestros golpes! No dudaría yo que había entrado

(1) Todo esto es detestable; y un apasionado de Lope, como el que escribe estas líneas, lo suprimiría de buena gana por respeto á su memoria.

á vuestro huerto por la cerca de vuestras dolorosas espinas: dichosa muchas veces la que por ella coge tales rosas, dejándose prender de la misma guarda de ellas, que es vuestro amor divino; prendador hermoso, que prende y lleva en prenda las potencias al alma, y el ejercicio á los sentidos.

El que Vos causais, muerto de amor en esa cruz, es de suerte ya, con no haber sido mi dureza, de las que menos trabajo os han costado de ablandar, bien mio; pues aunque Vos sois sol, era yo lodo que se endurecía, y no cera que se ablandaba: es como digo, de suerte, que he llegado á envidiar los que de amores vuestros andan

de tal manera en el mundo que le parecen locos; pero ¡qué engaño! pues los que son cuerdos para él, son locos para Vos.

Conocido loco es del hospital del mundo un ambicioso de sus dignidades y honras; un soberbio de su sangre; un desvanecido de su ciencia; un lascivo y regalado, envuelto entre sedas y olores; un avaro, que no ha de llevar al sepulcro mas que el lienzo que bastare á ceñirle el cuerpo, y á esta traza los muchos que parecen sábios, tan ignorantes son en vuestros ojos: ¡mas cuán sábios que son en ellos los que al mundo le parecen ignorantes! El que os alaba, el que os imita,

el que os sigue, el que vive por vuestros preceptos, el humilde á los agravios, el abstinentes á sus mesas, el continente á sus vicios, el remendado en sus galas, y finalmente, el que todo lo desprecia por Vos, porque sabe que no es digno de Dios el que todo no lo deja por Dios.

Todas las cosas de la tierra son vanidad y aflicción de espíritu; todas las confianzas del hombre maldiciones vuestras, todas las promesas, engaño; todos los deseos, viento, y todas las voluntades mentira: solo amaros, servirlos, deseáros y agradaros es verdad, premio, vida, gloria, eternidad y descanso.

¡Ay dulce Jesús, esposo amoroso de las almas que os aman! ¡Qué viva es vuestra luz! ¡Qué vela hay tan muerta, que por aquella pequeña reliquia del humo, no baje desde los cielos y la encienda?

Yo conozco mi rebeldía á vuestras inspiraciones, mi constancia en ofenderos; pero, Señor mio, ya toda aquella primera dureza labró como diamante la tierna sangre de tal Cordero: ya me pesa de haber sido áspid á vuestra voz, encantador celestial, y pésame tanto, que si no me pesara de lo que no me pesa cuanto yo querria, me muriera de dolor. ¡Ay Rey mio! ¡qué gloriosa muerte, do-

liéndole á un pecador de haberos ofendido, y en un acto fervoroso de vuestro amor, mirando atentamente el que os puso en esa cruz, y abrazado á ella, como á verdadero asilo de mi perdicion, sagrado de mis delitos y puerto de mi salud! ¡Oh nave de mi esperanza! amarrad fuertemente las áncoras en esos clavos, que no hay otro lugar seguro de las tormentas sino es aquí: esta es la hermosa playa del mar de amor, la florida ribera del Paraiso inmortal, la misma puerta del cielo, la tabla del naufragio padecido, la firme roca invencible entre los vientos, y el último paso de la carrera de la vida: asidla bien, alma mia,

que como los niños que tienen á sus padres el azote asido, con que dilatan ó escusan el castigo, así podreis Vos detener en esa planta divina la vara del juez.

Y Vos, árbol santísimo, permitid que se desclave de Vos por este breve rato, en que me dé sus brazos enamorados: basta, cruz santísima, lo que le teneis en los vuestros; mirad que me quiere perdonar; mirad que quiere abrazarme; cierto es, no es posible menos: más deseo tiene mi amor de llegarse á mí, que yo tengo de llegarme á él. Mirad, vadera santa, cómo tiene bajada la cabeza. ¿Qué pensais que es aquello, sino decir que sí?

¡Bendita sea de los ángeles tal piedad, tal misericordia y tal dulzura! ¡Ay tales entrañas! ¡ay tales brazos, ay tales abrazos! Parece, mi Señor, mi bien, mi padre, mi esperanza, mi luz y mi último y final deseo, que me quereis meter en ese costado dulcísimo, mas ¡qué indigno soy yo! mas ¡cuál estoy! ¿qué haré, Jesús mio? Señor, pequé; Dios mio, pequé; conozco que os ofendí; confieso que sois mi Dios: con mis pecados tiemblo, con vuestra misericordia me animo.

Vos me llamais, yo me voy; pero lloraré primero un mar, que son tales mis culpas, que me parece poco.